

LOS DEBATES

REVISTA QUINCENAL

ÓRGANO UNIVERSITARIO

Año II - 2ª Época

Montevideo, Agosto 15 de 1897

Tomo II—N.º 7

Siluetas y apreciaciones

POR G. P. y Z.

El autor

Victor Pérez Petit es un crítico de talento vigoroso. Cuando examina las grandes obras de la intelectualidad contemporánea, parece un jardinero que lleno de devociones artísticas, deshoja flores de coloraciones exóticas y prende á los bordes de cada pétalo separados brillos de su imaginación, verdaderas orlas de rocío con que los ilumina, con que les forma un marco de luz.

De una ductibilidad de talento admirable, presenta sobre todo dos aspectos principales.

En el primero es igual á un guerreador vestido con tosco traje, desaliñado y plebético de ardentías, repartiendo cintarazos á diestra y siniestra; es una especie de Sansón pulverizando á los Filisteos, á los liliputienses de nuestra literatura.

En literatura los que son águilas, los que tienen alas, tienen garras; los que pueden volar muy alto, pueden herir muy hondo.

Un despliegue de garras bravías ó un sacudimiento de alas implica fuerza.

En el segundo, parece un oficial del templo del arte, vestido con túnica de púrpuras fogosas, aureoleando la frente de los genios que reciben la idolátrica adoración de la inteligencia humana.

Como dramaturgo, novelador y cuentista, si bien no tiene el renombre que le han conquistado sus críticas, puede sentir orgullos, al leer algunas de sus creaciones.

Como descriptor lo encontramos admirable en algunos trabajos en donde hay tanta hermosura plástica, que en ellos vemos lo carnal, lo escultórico de la mujer; en ellos vemos senos que excitan con sus morbideces virginales de capullo, labios enrojecidos por la voluptuosidad y pupilas que se adormilan en un éxtasis de pasión.

El propósito

El estudio rotulado «La Imaginación» es, como lo indica el subtítulo que lo afecta, un fragmento de las apreciaciones que al Dr. Victor Pérez Petit le sugirió no ha mucho tiempo «El Deslumbrante,» el genial Rubén Darío.

Rubén Darío es el primer poeta americano.

Cincela versos y su pluma rompe á veces la armonía rítmica, y si bien esa roptura basta para hundir el trabajo de un buen poeta, en las creaciones del autor de Azul tiene un efecto completamente antagónico, porque estas creaciones tienen algo semejante á la historiada estatua de Miguel Angel: la Mano Divina que la construyó, le arrebató un pedazo y la estatua se hizo más hermosa! A sus versos Darío les arrebató la armonía y cobran una belleza extraña, una rarísima hermosura.

Moisés toca una piedra y brota un chorro de agua que apaga la sed de las gargantas que han bebido sol; Rubén Darío, de cuanto hiere con su cetro de príncipe lírico, arranca un Jersey de poesía.

Este poeta, para todos los inteligentes, es luz; para todos los cretinos, es sombra: el sol ciega á quienes no saben mirarlo!

La obra
LA IMAGINACION

(FRAGMENTO DE UN ESTUDIO SOBRE RUBÉN DARÍO)

La Imaginación es el cetro de oro de la Musa lírica. El Poeta imperial que ha celebrado sus bodas luminosas con la gentil Erato en el jardín eterno de la eterna Fantasía, lleva entre sus manos pálidas—más pálidas que las de los misteriosos hierofantes—aquél cetro inmortal, emblema de los ritmos de Orfeo, de los colores del Iris y de los perfumes de un incensario; y con él penetra en el alma del mundo de nuestra alma para cantar los arcanos del pensamiento, sus visiones frenéticas, los legendarios enigmas, sus pasiones hieráticas y las majestuosas y serenísimas curvas de las ninfas del Ensueño. La imaginación es todopoderosa.

Al través de las siete cuerdas de la lira de Terprando han resbalado notas solitarias como perlas submarinas, cadencias de diamante y arpegios rumorosos como achiras de oro. La Castalia fuente no tuvo más ecos cristalinos, ni más melancólicos susurros el aura de Jonia al adormecerse entre los verdes laureles helénicos: la Inspiración dejó su aliento tibio sobre las cuerdas dormidas, y al despertarlas, el alto Olimpo escuchó las quejas de los poderosos Atridas con Homero, Cadmea se vió rodeado de murallas con Amfión, Esparta triunfante de Aristomeno el mesenio con Tirteo y la Gloria palideció ante Gerón, Rey de Siracusa, cantando en oda olímpica por Píndaro, el heraldo tebano. La virtud del Numen hizo crujir las ruedas sangrientas del carro de la Aurora, sorprendió las Bacantes desenfrenadas y detuvo en sugalope salvaje á los colosales Centauros; puso un lampo esmeralda sobre la frente de Minerva, un girón de espuma en los flancos de las ninfas y una sarta de notas pastoriles en la cornamusa del Dios Pan; y ebrio de claridades y de líricas mieles, encendió el falerno en la copa de Horacio, desnudó las alti-

vezes marmóreas de la imperial Mesalina y derramó torrentes de hercúlea fuerza y de resignado martirio sobre la arena del Circo para divertir el hastío de los soberbios Emperadores. A su conjuro colosal animase el aire, hierven las ondas del Egeo y bajan de sus pedestales las Galateas de piedra. La selva tiene cantos desconocidos, los montes inclinan sus barbas de plata y los torrentes alzan el pecho, tronando, para salpicar con espumas la frente de las estrellas solitarias. El hombre escucha estremecido y anhelante esos acordes gigantescos que llenan el firmamento, y entrevé, en medio de un ensueño, el perfil de Hécate y la desnudez de Venus; siente pasar la Helena por quien París encendió en guerra cruenta toda la Grecia, y la vé caer, más tarde, en los brazos del doctor Fausto, rejuvenecido; escucha los clamores de las Euménides incendiando la sangre celosa de Medea y se estremece ante el eco salvaje que esos clamores despiertan en el pecho del esposo de Desdémona; mira, en fin, el alma de Pígalión, ardiendo en deseos, y vuelve á encontrarla, deshecha y rota, á los piés del ídolo, en el joven Werther.

La Imaginación es todopoderosa. Adolfo Garnier nos habla «de ciertos artistas en mosaicos que entre dos piedras que al parecer ofrecían los tonos más vecinos, concebían un tono intermediario» (1). Descartes formuló toda una hipótesis, los *Torbellinos*, para explicar el movimiento de los cuerpos celestes. Pitágoras escucha la armonía de los astros rodando por el abismo infinito de los cielos. Anibal asustó á sus enemigos recurriendo á una estratagema que imaginó: puso fuego á unos montes. El canto IV de la *Eneida* arranca lágrimas gratisimas á San Agustín. Milton, ciego, se encontraba deslumbrado con los resplandores del trono del Eterno. Colón descubrió un mundo, como Dante había descu-

(1) Adolphe Garnier, *Traité des facultés de l'âme*

bierto el Infierno, soñando; y soñando, soñando siempre, es que Franklin encadena el rayo de Júpiter, Wat encierra el vapor dentro de una caldera para obtener el secreto de la fuerza de los Sansón y Teseos, Jenner descubre la vacuna, Jacobo Metzú el telescopio y Servet la circulación de la sangre. Soñando, los griegos declararon virgen á Temistoclea, sacerdotisa de Delfos, después de haber concebido un hijo, y soñando, también, los judíos desconocen la virginidad de María y crucifican á su hijo. Tal es el poder de la Imaginación.

El Poeta que tiene entre sus pálidas manos de hierofante el cetro de oro de la Musa lírica, la Imaginación, es el Supremo Pontífice del Universo. Ante su vista, se arrojan á tierra de rodillas todos los hombres y besan, llorando, el polvo del suelo. Habla, y su voz domestica las fieras, como Orfeo, ó levanta las piedras por sí mismas para construir murallas, como Amfión. Él regenera al mundo, arrastra los pueblos al combate, dignifica el alma humana ó la degrada. Él lo puede todo.

¿Dónde está el secreto de ese poder de la Imaginación? Está en nosotros mismos, en los esclavos. Nosotros somos los que, voluntariamente, nos sometemos al yugo. ¿Por qué, si no, nos horroriza más la *Novia de Mesina* que *Wallenstein*? Porque la tragedia que concebimos y esperamos en la primera de estas obras de Schiller es más terrible que la que desenlaza la famosa trilogía. ¿Por qué nos subyuga mucho más la obra de Gubernatis *Nala* que el *Lohengrin* de Wagner? Porque Damaiani, Nala é Indra son seres fantásticos, mientras que en la historia de Elsa no hay otros elementos imaginarios que Lohengrin y su cisne. Todo hombre está sujeto á una ley de herencia que lo es á la vez social: tiene en sí algo del salvaje primitivo y de la infancia de las sociedades. La superstición, primer elemento psíquico de los primeros hombres, vive aún en noso-

tros, y en ese sentido somos todavía contemporáneos de los mathmouths y plesiosauros. Para cualquier época, pues, vienen de perlas estas palabras de Voltaire: «los hombres aman todo lo que les parece terrible; hacen lo que los niños, que escuchan con avidez los cuentos mágicos que los asustan». El misterio y la superstición aun tienen fanáticos y si hoy han desaparecido los viejos mitos que horrorizaban las almas en los imponentes templos de Baal, Isis y Osiris, en cambio tenemos santuarios sombríos alzados á la Magia, al Budhismo moderno y á la buena Diosa de la Lujuria: si las vírgenes de la antigüedad iban al templo de Milita para ser desfloradas por los extranjeros, nosotros tenemos otro templo Leviatán no menos misterioso que el de Babilonia.

La superstición y el misterio son la fuente primordial de la poesía. Si la India nos ha legado sus colosales poemas, — el *Ramayána*, el *Mahabharatta* — y los cantos de Hala, Bartrihari, Kalilasa, Giayadeva y Avyar, esos eternos monumentos de la imaginación creativa; si todos los pueblos antiguos han tenido sus leyendas y tradiciones, á cual más asombrosa é imponente, débese antes que nada al misterio y á la superstición. Todo lo que el hombre no ha podido explicarse racionalmente, ha sido atribuido á la divinidad y á los poderes ocultos. Así es que ha podido decirse con razón que la metafísica es casi toda la Poesía.

¿Y quién es, si no, el poeta el que ha contado al pueblo estos grandes extravíos de la inteligencia por los dominios de lo Desconocido? ¿Quién, sino él, el que ha hecho más emocionantes las creencias que llenaban de sombras los inseguros cerebros de los hombres sencillos? En verso se impuso el credo divino creador de los orbes, en verso se celebró á Brahma, Vichnou y Siva, en verso se arrastró las legiones de Esparta contra Mesenia, en verso se hizo la unidad de Italia, en verso Camoens dividió

en dos estados la península pirinaica y en verso se han propalado todas las alegrías y todas las tristezas de los hombres al través de los tiempos, de las razas y de las generaciones. Sí; el Poeta, Supremo Pontífice del Universo, todo lo puede, y á él se deben las mayores glorias y los más grandes extravíos. Su cetro de oro es el gran agitador de las ideas y sentimientos, y por él, por la Imaginación tan sólo, se ha creado un Olimpo de Dioses para crucificarlo después, en uno solo, sobre la cumbre flamígera del Calvario.

* * *

La Imaginación está sujeta á grandes extravíos. Desordenada y loca, por naturaleza, es preciso encausarla sabiamente para no desviarla del camino del Ideal. En medio de sus alucinaciones, se encabrita á veces y echa á correr por sendas extraviadas saltando riscos, despeñándose por los precipicios, hollando flores de exquisito perfume, tronchando espinas rígidas, subiéndolo por momentos hasta las cumbres donde reposan taciturnos los astros de la noche. Hay en la marcha de la Imaginación una recta línea de la que no es dado separarse. Ella misma, ¡la osadal ¡la librel, está sujeta á ciertas reglas.... Wieland hizo observar, con mucha verdad, que la frente de Minerva, los ojos de Juno, la nariz de Apolo y la sonrisa de Venus no formarían una obra maestra de la Imaginación. ¿Qué decir entonces de la Imaginación revolucionaria?

La Imaginación revolucionaria hace ya algún tiempo que se querella con su hermana la del cendal ateniense. Ha cogido el prisma que ornaba la frente de la antigua Imaginación con sus policromos matices y le ha arrojado á tierra. El prisma se ha roto; se ha hecho mil pedacitos variados. Alegre y bullicioso, el Arte que tiene por bandera esta revolucionaria Imaginación ha recogido, según la gráfica expresión de Bolet Peraza, las migajas del iris, y

de cada una de ellas hizo un regalo á las nuevas sectas decadentes. Estos primores de color, estas maravillas de luz han embriagado la Imaginación de los simbolistas, decadentes, místicos, impresionistas, magníficos y wagnerianos. Y toda regla fué olvidada, todo principio fué echado al cesto, toda teoría fué desquiciada. La nueva Imaginación se ríe como una locuela de su hermana, la del cendal ateniense.

La Imaginación es el cetro de oro de la Musa lírica. Mas, ¡ay del imperial Poeta que al desposarse con la gentil Erato en el jardín eterno de la Fantasía, recoge el cetro de la Imaginación revolucionaria! El castigo más leve de que podrá ser objeto será el de no ser comprendido. Pero, ¿es que se fatigan los poetas modernísimos por que se les comprenda? ¿No luchan por lo contrario por hacerse oscuros é indescifrables?

Hay allá, en París, una colmena de exóticas abejas que producen una miel extraña y rara. En vez de libar el néctar de las rosas y jazmines, persiguen con ahínco los crisantemos amarillos como japonesitas enfermas, las orquídeas refinadas como hetairas lúbricas, las peonías imperiales, los claveles sensuales y las madarias elegantes como madrigales antiguos, y se envenenan con las substancias de laboratorio químico que las pintan y colorean. Las exóticas abejas se vuelven tóxicas con estas borracheras de colores, y su miel parece enfermiza y extraña. Y nosotros, los profanos, los burgueses, los que sólo nos deleitamos con la Imaginación vulgar —con aquella Imaginación de los cuentos de *Las mil y una noches*, de los de Hoffman y Poe—nos sentimos horrorizados, y la agriedad de la miel nos sabe á veneno.....

En principio, pues, no aceptamos el decadentismo. El cetro que sostienen sus poetas es un cetro falso. El verdadero, aquel de oro de la Musa lírica de que hemos hablado, merece respeto, á pesar de todos sus errores. Pero este otro, no

reinará mucho tiempo; sólo durará lo que la anarquía que domina en todos los espíritus fin de siglo, ahitos de sensaciones, cansados de lo vulgar y corriente, sedientos de nuevos ideales y de más paroxismos y estremecimientos.

Victor Pérez Petit.

LA MARGARITA

A. L. M. MOLTEDO

Soy una flor esplendente
Que al sol le muestra riente
Pura faz,
Y en los campos que el sol quema,
Soy el símbolo, el emblema
De la paz.

La Madre Naturaleza
Me prodigó la belleza
Del matiz,
Y con mi túnica hermosa
Soy la regia, la orgullosa,
La feliz.

Los amantes soñadores
Y mágicos trovadores
Si me ven,
Al encontrarme tan bella,
Dicen que soy una estrella
Del Edén.

No hay ave que no me ame,
No hay nube que no me llame,
Y el zorzal
Todos sus cantos me ofrenda..
No hay noche que no me prenda
Luz astral.

Agosto Musso

Noticia bibliográfica

MISERICORDIA

Novela, por B. PÉREZ GALDÓS

Guiados por el autor, llegamos á los alrededores de la parroquia de San Sebastián, cuya ridícula fábrica arquitectónica, —sagrada herencia de lejanos tiempos,— se aviene y guarda relación con el conjunto de edificios que ocupan ese singular «rinconcito de Madrid,» conjunto «gracioso, picante, *majo*, por decirlo de una vez.»

Debe de ser inmenso el número de fieles cristianos que concurren á la vetusta iglesia, si á juzgar vamos por el número de pordioseros que invaden ambas puertas del sacro recinto. El autor nos lleva hasta el sitio elegido por los menesterosos para impetrar la conmiseración de los pudientes, y desde ese momento empezamos á vivir y respirar en el seno de la miseria, que se revela en todas sus manifestaciones, teniendo para cada una de éstas un símbolo característico de carne y hueso, un *documento humano*. El cuadro de la miseria que ofrece el grupo de pordioseros en «la puerta del Norte,» se vé á través de la descripción magistral de manera tan plástica, que no podemos menos de hacer involuntariamente un mohín de asco, cual si se aspirara un ambiente apesetoso.

En el capítulo III aparece el personaje que podemos llamar principal; porque, si bien en el interés que despiertan al lector, otros hay que con ella compiten, la *señá Benina* es un ser excepcional con quien entramos en tan íntima relación, que no hay suceso en el cual ella no intervenga. Todo el drama de la miseria se realiza en torno de ella.

Doña *Paca*, su hija Obdulia y el *señor de Ponte*, dignos son de ser estudiados en sendas novelas. No porque estén mal caracterizados por el autor, sino por lo contrario; porque él los ha creado; ó, mejor dicho, los ha señalado con el dedo; pues esos personajes no son puramente hijos del fecundo ingenio de Galdós, sino que puede decirse que *andan por ahí*. Digo que cada uno de esos personajes merece una novela aparte, porque condiciones tienen para dar interés y vida á toda una obra.

Otro personaje singularísimo es el ciego Almodena, un moro *idealista*, ingenuo, que anda por el mundo rodando entre la

miseria... ¡siquiera tiene la relativa dicha de no verla!

En su frecuente trato con la vieja *Benina*, llega á tomarle á ésta tanto cariño, que acaba por estar fervorosamente enamorado el infeliz ciego.

Hay puntos en que este raro personaje tocalo sublime en sus expansiones eróticas, espontáneas y candorosas, en la expresión de las vehementes impresiones que le causa la presencia de la mujer á quien ama. Es el caso de la pasión amorosa más grotesca que cabe imaginar. Ni las abominaciones de Nana, ni el relato más plástico y elocuente de perversiones eróticas que se haya escrito hasta la fecha, puede producir la impresión inefable que se siente al leer algunos diálogos del ciego Almudena con la vieja Nana. Se siente conmisericordia, tristeza, horror y repulsión á la vez. Se ve la desesperación pintada en el semblante de Almudena, y en la expresión de dolor que se adivina en su rostro, parece leerse, por manera misteriosa, todas las torturas de su pobre espíritu, indigno de esa malaventurada materia, sujeta á los azares de una misera existencia. De todas las lacerias humanas puestas en relieve por el genio de Galdós, ninguna se asemeja á la que este ciego simboliza.—El semi-delirio provocado por la inanición se manifiesta de la manera más romántica, más poética y más grotesca: idealizando en su imaginación á la infeliz vieja horripilante, hasta el extremo de verla «blanca como la azucena, flexible como las palmeras del desierto, ojos semejantes á la estrella de la tarde, boca tentadora, con aromosas emanaciones, como de rosas y jazmines....»

La decepción final que recibe *Benina* de su señora *doña Paca*, á la cual alimentó por tanto tiempo con el fruto de sus correrías por calles, plazas y atrios de iglesias, en pos de limosnas, y que no quiere luego recibirla en su casa cuando

en ésta la suerte cambia, debido á una herencia inesperada que sorprende á la señora; las impresiones de *doña Paca*, de Obdulia y de Ponte, sus preocupaciones aristocráticas, que con tal suceso renacen con exuberancia pasmosa, después de haber sufrido por tanto tiempo una especie de letargo por efecto de amargas adversidades,—es algo conmovedor, y tan humano como lógicas son las consideraciones filosóficas en que *la Benina*, abrumada por el pesar que le causa la ingratitud de su señora, se entretiene: «... si por un lado sacamos el provecho de tomar aire—esto decia hablando con el ciego que la proponia irse á Jerusalén en su compañía,—y de ver cosas nuevas, por otro sacamos la certeza de que todo es lo mismo, y que las partes del mundo son, un suponer, como el mundo en junto; quiere decirse, que en donde quiera que vivan los hombres, ó verbigracia, mujeres, habrá ingratitud, egoísmo, y unos que manden á los otros y les cojan la voluntad. Por lo que debemos hacer lo que nos manda la conciencia, y dejar que se peleen aquellos por un hueso, como los perros, los otros por un juguete como los niños, ó éstos por mangonear como los mayores y no reñir con nadie, y tomar lo que Dios nos ponga delante, como los pájaros.»

En 1892 hubo quienes calificaron de prosaico y vulgar al autor de *Realidad*, porque en las páginas de algunas de sus obras inmortales se pinta la vida tal como en el mundo se observa. ¿Qué dirán tales críticos al leer *Misericordia*, donde con sujeción á la escuela de experimentación sociológica, se estudian los elementos de la última capa social que señalaba Turguenef en el orden de las que debe examinar la novela? Y mucho más si creen, con Paul Bourget, que la novela social debe escoger los tipos normales, los que constituyen la *segunda capa* de Turguenef. Todos los elementos sociales son dignos de adaptación

artística y se prestan á interesante examen y estudio, cuando se cuenta para esta labor con la esplendorosa imaginación y la profunda sagacidad del genio de Galdós.

Pedro Cosío



Florilegios de Obras Latinas

(CONTINUACIÓN)

Del distinto caracter de los hombres

Domeas

No sirve, á la verdad, haber pensado
Un buen plan de conducta en nueva vida.
La experiencia, la edad, las circunstancias
También nos hacen siempre en nuestras miras.
Algo nos dice que ignoramos todo
Lo que saben creimos hasta el día.
Lo que esencial juzgábase, en la práctica
A rechazarse viene de seguida.
Tal me pasa hoy á mi. Yo hasta el presente
La existencia he pasado entre fatigas,
Y ya al término y al fin de mis jornadas
Mi conducta va á hacerse muy distinta.
¿Y por qué? Porque al cabo la experiencia
Nos enseña á los hombres son precisas,
Por convenirles más, ya la dulzura,
Ya la afable bondad. Siempre su vida
Pasó en la ociosidad y en el reposo,
Rechazando el dolor y la fatiga.
Mi hermano, complaciente y comedido,
Con nadie riñó nunca. Sus caricias,
Su efecto á todas da. Vivió tan sólo
Para él; para él gasta y prodiga
Su dinero, y de él todos bien hablan,
Y todos lo respetan y le estiman;
Mientras yo, campesino displicente,
Severo y económico, y podría
Deciar que avaro, regañón y duro,
Al matrimonio sometí mi vida.
Arrastrando sus males, porque hay tantas
Inquietudes, disgustos y desdichas
En el hogar doméstico! Hijos tuve:
Otos nuevos cuidados. Enseguida
El afán de dejarles cuanto fuera
Posible me hizo darme día por día
En la mejor edad de mi existencia,
Al trabajo y ahorro, y cuando encima
De mi fuente se vió la blanca nieve
De los años, el premio á mis fatigas,
El fruto que recojo, es su esperanza;
Tal vez su enemistad y su injusticia.
Mi hermano, en cambio sin zozobra alguna
Las ventajas de un padre allá en su vida
Sosegada disputa; ámanle tiernos
Mis hijos que me huyen; le confían
Sus secretos, su afecto le demuestran,
Acuden á su casa, y en la mia
Me abandonan; anhelan que los dioses
Una larga existencia le permitan

Y esperan ya mi muerte. Desde niños
Eduques á fuerza de continuas
Penalidades: él, mi hermano, ahora
Se ha ganado su afecto y simpatías
El sufrimiento para mí; los goces
Son todos para él. Vamos precisa
Que probemos á ser mas generoso,
Mas dulce en adelante, pues me obliga
A entrar con él en lucha. De mis hijos
También pretendo amor; cosa justísima
Si necesarias son para este logro
Las largezas, las dádivas; encima
No habreis, pues, de quedar. Podían faltarnos
Los recursos, ¿qué importa? Eso se olvida,
Es igual. El más viejo soy de todos
Y el que más á la muerte se avecina.

(TERENCIO — *Los Adelfos* — Acto V —
Escena II — Traducción de Don Angel
Lasso de la Vega)

EL OFENSOR DE SU HIJO

Chremes—No há mucho tiempo que nos conocemos, puesto que solo cuenta desde que comprateis un campo de aquí cercano, y jamás hemos tenido otra relación; sin embargo, vuestro mérito ó nuestra vencidad, que, á mi modo de ver es una de las primeras condiciones de la amistad, me estimulan á deciros con toda franqueza que trabajais demasiado para vuestra edad y vuestra fortuna. Porque, en nombre de los Dioses ¿cuál es vuestro designio? ¿Qué procurais? Si no me equivoco, pasais ya de los sesenta años. No hay en la comarca terrenos mejores ó más fértiles que estos. Poseyendo sobrado número de esclavos, los reemplazais en todos sus quehaceres, cual si no contarais con ninguno. Por temprano que salga, por tarde que vuelva, siempre os veo en vuestra finca, ó bien cavando, ó bien labrando, ó bien con algun fardo á cuestas. No tomáis un solo instante de reposo; nunca os escatimais. De seguro que ello no es por placer. «Pero».— me direis—«¡si no estoy contento de la labor de mis esclavos!» Si para hacerlos trabajar os procurarais las fatigas de vuestra propia labor, conseguiriais mucho más.

Menédemo—*Chremes*, ¿tan desocupado estais que podeis mezclaros en asuntos de extraños, y que en nada os afectan?

Chremes—Hombre soy; nada de lo que interesa á mi prójimo me es ajeno. Considerad mis palabras, ó bien como un consejo, ó bien como una demanda de explicaciones. Si lo que hacéis bien hecho está, os imitaré; en caso contrario trataré de disuadiros.

Menedemo—Cumpla con un deber. En cuanto á vos, comportaos según vuestras conveniencias.

Chremes—¿Qué hombre tiene el deber de atormentarse?

Menedemo—Yo.

Chremes—Si os aflige algún pesar, en verdad que lo siento. ¿Pero qué desgracia os ha acontecido? ¿Cuál es vuestro crimen, para trataros de ese modo?

Menedemo—¡Ay de mí!

Chremes—No lloreis. Decidme que puede ser. No me lo ocultéis, ni temáis nada. Tened confianza en mí. He de consolaros, y os ayudaré, ó bien con mis consejos, ó bien con mi dinero.

Menedemo—¿Os empeñais, pues, en saberlo?

Chremes—A causa de lo que acabo de deciros.

Menedemo—Lo sabreis.

Chremes—Pero abandonad ese rastrillo. No os fatigúeis.

Menedemo—No lo dejaré.

Chremes—¿Cuál es vuestro designio?

Menedemo—Permitid que no me tome un solo instante de reposo.

Chremes—(Tomando el rastrillo) No puedo permitirlo.

Menedemo—¡Ah! No teneis razón.

Chremes—¡Cómo! Un rastrillo tan pesado!

Menedemo—Es un justo castigo.

Chremes—Hablad.

Menedemo—Tengo un hijo único en la flor de la edad. Pero... ¿que digo, tengo? No, *Chremes*, lo tenía; hoy ya no sé si lo engo ó no.

Chremes—¿Y por qué?

Menedemo—Vereis. Existe aquí una vieja extranjera, de Corinto, en sumo estado de pobreza. Mi hijo se enamoró perdidamente de una hija de ella, hasta el punto de querer depositarse, y todo ello á pesar mío. Apenas lo supe, cuando comencé á tratarlo, no con la dulzura que convenia emplear para con un espíritu juvenil y enfermo, sino con la violencia y las habituales maneras de los padres. Día á día le vituperaba. «¿Cómo?»—le decía—«¿esperas conducirte así durante mucho tiempo? Te equivocas, *Clinias*, si tal crees, y pruebas que no me conoces. He de considerarte como á hijo mientras que tu conducta sea digna de tí; en caso contrario ya sabré tratarlo como á mí corresponde que te trate. Todo esto no proviene sino de la mucha holganza en que vives. A tu edad, no me preocupaba yo de amorios. La pobreza me abligó á ceñir armas en Asia, y debo á mi valor, cuanto honor y cuanta fortuna he adquirido.» En fin, á tal punto llegó la cosa, que mi hijo, cansado de oír repetir á cada instante las mismas durezas, no pudo sufrir las más. Creyó que mi edad y el afecto que le profeso, me constituían en el mejor juez de sus intereses. Querido *Chremes*: se alistó al servicio del rey y partió para el Asia.

Chremes—¿Qué decis?

Menedemo—Y partió sin prevenirme, hará de ello tres meses.

Chremes—De ambos, ninguno tuvo razón. Sin embargo, ese paso indica que el joven tiene corazón y carácter.

Menedemo—Apenas me lo relataban todos sus confidentes, vuelvo á casa entristecido, con la inteligencia turbia, y sin saber que partido tomar. Me siento, y al punto acuden mis esclavos. unos me descalzan, otros se apresuran á tender la mesa y á servir la cena; cada cual, á su modo, trata de dulcificar mis pesares. Al notarlos no puedo menos de decirme interiormente: «¡Cómo! Tantos criados para mí solo, afanosos en satisfacerme, y en llenar todos

mis deseos! Tantos siervos ocupados en vestirme! Tantos gastos para mí solo! Y mi hijo único que de estos bienes debería gozar al par que yo, puesto que se halla en la edad en que se aprecian, se halla alejado de ellos por mí, y en la desgracia á causa de mi injusticia! Digno de todos los suplicios me consideraría, continuando esta vida de regalo. Vamos; mientras se halle en la miseria, y alejado de su patria por mi dureza, le vengaré sobre mí mismo. Trabajaré, amasaré, economizaré para él. Dicho y hecho. Nada dejé en mi casa: vajilla, colgaduras, todo lo elimino. Llevé al mercado mis esclavos, excepto aquellos que por medio de sus trabajos rudos podían indemnizarme su manutención; puse un cartel en mi puerta; y junté, en fin, cerca de quince talentos. Compré estas tierras, y en ellas me mortifico. Me ha parecido, *Chremes*, que algo menos injusto sería haciéndome desgraciado, y que debía permanecer ajeno á todo goce hasta que vuelva mi hijo sano y salvo, para compartirlo conmigo.

Chremes—Creo que, por naturaleza, sois un buen padre, y que él habría sido un hijo obediente, si hubiese sido tratado con justicia y manejado con dulzura; pero no os conociais recíprocamente. Cuando á eso se llega, ya no es vivir nunca, le habeis mostrado cuanto le amabais, y él no ha osado jamás poner su confianza en su padre. Sin eso, no hubiera sucedido esto.

Menedemo—Cierto es, convengo en ello; mía es la mayor parte en la culpa común.

Chremes—Secreta esperanza me dice, *Menedemo*, que cualquier día de estos vuelve en buena salud.

Menedemo—¡Permitanlo los Dioses!

Chremes—Lo permitirán. Es hoy la fiesta de Baco. Si no teneis inconveniente, pasad en mi casa el resto del día.

Menedemo—No me es posible.

Chremes—¿Por qué? Por favor, descansad un poco. Vuestro hijo, á pesar de hallarse ausente así lo desea.

Menedemo—No es posible que después de haberlo condenado al sufrimiento, yo me exima de la parte que me toca.

Chremes—¿Estais resuelto?

Menedemo—Sí.

(TERENCIO — *El Heautontimorúmenos* — Acto I, Escena I — Versión indirecta de la traducción francesa de Collet.)

(Continuará.)

«MIGNON»

(ACUARELA)

—Te amo! exclamó Ricardo con voz apasionada—te amo como Romeo á Julieta, como Abelardo á Eloísa, con delirio. con frenesí y....

—¡Oh! yo también.... pero..... ¿Que digo?—Amarte yo? Vaya una tontería.... no... no... y no... no te amo? ¿entiendes? pero.... escucha bien: ¡Te idolatras! Te adoras! contestó ella y luego.... el cielo con su luna hermosa y sus áureas lentejuelas, vió sus dos labios carmineos y voluptuosos que se unieron por corto tiempo, en la tierra, impulsados por el amor!

—Me adoras siempre con la misma pasión que por mi sentias cuando eramos novios, esposo mio, interrogó tres meses después de celebrado el himeneo, la preciosa *Mignon* á Ricardo.

—¿Si te adoro?—pues vaya una graciosa y cómo no he de adorarte, si eres un angel enviado por Dios, para que alegres con tu dulce vocecita mis horas de amargura—díjole él pasando su mano fría y delgada propia de un niño perezoso, por el rostro nacarado de la joven en medio del cual brillaban, como dos inmensas luciérnagas, sus ojos de ébano orlados por negras y aterciopeladas pestañas.

—¡Oh! que bueno eres!—y luego... pasado los días, el sol con sus ardientes ra-

yos bañaba las cervices de dos enamorados.... y... ellos también se besaban — se besaban con ardor hasta beber la última gota de nectar que fluía de sus labios — uno era Ricardo — y el otro, su antigua querida.

O. A. Zorrilla



Apuntes de Historia Americana

(Segundo año)

II

SUMARIO — Reforma del poder ejecutivo en 1814 — Creación del primer Directorio — Nombramiento de Posadas — Acontecimientos que tuvieron lugar en este período — El consejo de Estado — Creación de la escuadra — Toma de Martín García — Hechos más importantes — Situación del ejército del Norte — Errores del General Belgrano — La provincia de Salta y el comandante Güemes en esta época — Divisiones que existían en el ejército patriota en los momentos en que se hace cargo de él Don José de San Martín.

Año 1814

Hemos dicho al concluir el capítulo anterior, que el Triunvirato, después de promulgar la reforma á la ley existente sobre la libertad de los esclavos, convocó á la Asamblea para dar cuenta de aquel asunto y otros de mayor importancia.

La Asamblea fué convocada por el P. E. el 21 de Enero de 1814, y después de someter á su resolución la reforma introducida en la ley citada, sometió á su dictamen otro asunto de trascendental importancia, cual era la modificación del Estatuto, en el punto referente á la composición del P. Ejecutivo, el cual, según la opinión de las personas componentes del Triunvirato actual, debía concentrarse en una sola mano, á fin de «dar el impulso que requieren nuestras empresas — decía el mensaje — y el tono que nuestros «negocios exigen.»

La reforma propuesta fué aceptada por la Asamblea, y para ocupar el nuevo puesto que, según aquella ley debía crearse, fué designado Dn. Gervacio Antonio Posadas.

Esta innovación en el poder supremo, que venía á poner fin á los gobiernos colectivos y provisorios, que daba al P. E. un carácter verdaderamente nacional, al par que facilitaba las resoluciones gubernativas, — fué acordada en los consejos secretos de la Logia y sancionada, como ya se ha dicho, en forma de ley, por la A. General. La susodicha reforma importaba un mejoramiento en la autoridad suprema, al tiempo que daba más unidad de acción á la omnipotencia de la Logia.

El Sr. Posadas, electo para desempeñar el puesto creado por aquella ley, no era «una entidad política, bien que no careciese de antecedentes y servicios, y de cierta inteligencia epigremática y malicia — Él, hay que decirlo, no ambicionaba aquel puesto, y al elevarsele fué un golpe político del partido de Alvear que, con este acto, facilitaba el camino para llevar á su heroe al poder supremo.»

El puesto que acababa de crearse daba al que lo ocupase el título de *Director Supremo de las Provincias Unidas*; por distintivo, una banda bicolor celeste y blanca; y por término legal de sus funciones, dos años — Se creó, al mismo tiempo, lo que se conoce con el nombre de *Consejo de Estado*, verdadero ministerio compuesto por nueve miembros nombrados por la Asamblea y que debía acompañar en sus funciones al Director Supremo — El Consejo de Estado nombrado para secundar en sus tareas al Director Posadas, tenía como presidente á Dn. Nicolás R. Peña.

La recepción del poder por el Director electo, tuvo lugar el 31 de Enero, y la pompa con que fué hecha, anunciaba que el P. E. se preparaba á salir del rango

secundario en que había aparecido el año anterior, al lado de la Soberana Asamblea.

El 1.º de Febrero, Posadas organizó su ministerio compuesto como sigue: Gobierno, Dr. Dn. Nicolás Herrera; Guerra, el gobernador intendente de Córdoba, Coronel Dn. F. X. Viana; Hacienda, Dn. Juan Larrea.

Inmediatamente nombró gobernador de Buenos Aires, al Brigadier Dn. Antonio G. Balcarce, separando de ese puesto á Ascué-naga con el grado de brigadier.

El Directorio inauguró sus funciones proponiendo á la Asamblea una amnistía general, á fin de utilizar en bien de la patria la capacidad de todos sus hijos — La Asamblea aprobó el proyecto del Ejecutivo, pero exceptuó de la ley al ex-Presidente Dn. Cornelio Saavedra y al ex-Secretario Dn. Joaquín Campana. Como se vé, la ley amplia que el Director propuso como un medio de borrar las antiguas rivalidades, fué restringida por la Asamblea que dejó con esa resolución el jermen maligno de las rivalidades partidistas.

Después de estos actos, el Directorio prestó toda su atención á los asuntos de la guerra.

El problema del éxito de la Revolución tenía entonces dos resultados que obtener: la rendición de Montevideo, y el triunfo del ejército que operaba en el norte — El Directorio comprendió que obtener el triunfo en Montevideo, era detener el avance de las tropas españolas que amagaban invadir por el Norte, y creyendo que por ahí debía comenzar la resolución de aquel fundamental asunto, determinó concentrar toda su atención sobre les fuerzas que asediaban esta ciudad (Montevideo).

Bien reconocida la situación de ambos beligerantes, se vió que Montevideo sería inespugnable mientras no se hostilizara, á la vez, por tierra y por mar. Luego pués, surgió, como consecuencia inmediata de esta observación, la necesidad de crear una escuadra — Este pensamiento se atribuye al

ministro Larrea, á cuyo cargo se puso el departamento de marina.

El único buque de guerra que había tenido el gobierno, era el queche *Hiena*, de 18 cañones, que había sido arrebatado por sorpresa en 1812, mientras desempeñaba una comisión en Patagones.

El ministro procedió á comprar entre los buques mercantes fondeados en el puerto, lo más aparentes para ser armados á guerra: una fragata rusa de 350 toneladas, dos bergantines ingleses y una goleta americana. En esta negociación intervino como agente el norte-americano Guillermo P. White, conocido ya por la parte activa que tomó en las invasiones inglesas, por los cargos que se le hicieron respecto á la compra de los barcos, etc.

Estos buques fueron armados rápidamente junto con otros de menor porte; y el 7 de Marzo estuvo lista la primera escuadra argentina compuesta por los navios siguientes: fragata *Hércules*, 32 cañones, 200 hombres; bergantin *Zéfiro*, Comd. Ring, 18 cañones, 120 hombres; bergantin *Nancy*, Comd. Saevers, 7 cañones, 60 hombres; cañonero *Tortuga*, goleta *Fortuna*, falúa *San Luis*.

Hacia tres años que había llegado al Plata un buque mercante inglés, el cual, por descuido del piloto, había naufragado en la Ensenada — El capitán de ese navio, hombre aventurero y enérgico, había burlado varias veces la vigilancia de los cruceros españoles que bloqueaban el puerto de Buenos Aires, consiguiendo introducir repetidos contrabandos — Los barcos españoles lo apresaron dos veces, pero él, lejos de desanimarse, se ofreció para perseguir á los bloqueadores.

Estos antecedentes llamaron la atención del ministro Larrea, quien creyó acertado nombrar para el comando de la escuadra á aquel hombre de nacionalidad irlandés, llamado Guillermo Brown — Se le dió patente de Teniente Coronel y enarboló su insignia en la fragata *Hércules*, como jefe de

la escuadra Argentina—Brown ardía en deseos de atacar á los *godos* que, según sus palabras, «lo habían despojado dos años antes en el mar de las Antillas.»

La escuadra española, fuerte de 14 buques de guerra y ocho ó diez mercantes, se hallaba organizada en dos divisiones; la más fuerte en Montevideo; la otra, compuesta de 6 buques de guerra y tres menores era lanzada á obstaculizar los trabajos de la escuadra de Buenos Aires—Esta segunda división estaba al mando inmediato de Romarate—Este comandante no pudo llenar su misión, y cumpliendo las instrucciones recibidas, se replegó sobre Martín García, con el fin deliberado de imposibilitar las comunicaciones de Buenos Aires con el ejército que sitiaba á Montevideo.

El 8 de Marzo se dió Brown á la vela, en dirección á la citada isla. El 11 atacó al enemigo que presentó una sola línea de buques, y al intentar forzar el canal de entrada una bala española dió muerte al piloto de la *Hércules*, por lo cual, sin gobierno el buque, encalló bajo los fuegos de la isla, muriendo su capitán y 50 hombres, después de cuyas pérdidas Brown consiguió poner á flote su barco retirándose conjuntamente con la *Julieta* que había perdido también su capitán—Este desgraciado ensayo de revancha contra los *godos* no desanimó á Brown, quien se dirigió á la Colonia, donde embarcando 70 dragones (según algunos 45) al mando del teniente Oroño, atacó de nuevo á la isla en la madrugada del 17, consiguiendo desembarcar á los dragones, mientras él atacaba á las baterías.

Romarate, tomado entre dos fuegos, picó las amarras de sus buques menores y con ellos huyó por el Uruguay arriba, de donde no salió sino para rendirse—Entre tanto Brown se posesionaba de la isla enarbolando en ella la bandera argentina.

Después de este feliz ensayo de la flameante escuadra porteña, el gobierno la aumento con los siguientes buques:

Corbeta *Belfort*, 18 cañones, Comd. Oliver Russell (segundo en el mando de la escuadra); corbeta *Agreable*, 16 cañones, Comd. Lemare; goleta *Trinidad*, 12 cañones. Comd. Angel Wack.

La escuadra zarpó á mediados de Abril para bloquear el puerto de Montevideo—La marina española, á pesar de su superioridad, sufrió sin moverse esta humillación durante un mes, en cuyo tiempo Brown se apoderó de una porción de bastimentos que venían para la plaza, en la cual ya todo empezaba á escasear.

Histórico

(Concluirá).

Poniendo término ⁽¹⁾

No me detendré á examinar el soneto del señor Musso, que ha llevado esta discusión á límites demasiado lejanos.

Dejemos que los que vengan despues nuestro, pronuncien la ardua sentencia en este asunto.

Yo, por mi parte, confieso que ni se Gramática, ni se Retórica, y que nunca he de saberlas hasta que no reciba algunas lecciones del señor Musso.

Doy tambien por pronunciada la última palabra en este enojoso debate.

Cándido Bañales

PERICLES

(Conferencia leída en el aula de Historia Universal por JULIO M. SOSA)

El carácter ingénito de los atenienses era sin duda, menos fuerte y menos guerrero que el espartano. Estos se contentaron con

(1) Al presente artículo se le suprime un párrafo. Se publica mutilado contra los deseos de su autor, porque, cuando éste pidió el retiro del predicho artículo, ya estaba compuesto y casi compaginado el periódico.

La Redacción.

vivir empeñados continuamente en empresas militares, guiados por el estímulo ardiente de una gloria que ambicionaban conquistar con el sacrificio. Los atenienses no se fijaron tan solo en el brillo de las armas. Solón, como dice Schiller, ayudó al desenvolvimiento de la naturaleza humana, no quebrándola, ni mutilándola, como hizo Licurgo. Consecuente en este objetivo saludable abrieron nuevos horizontes que pudieran satisfacer sus anhelos de progreso, de expansión intelectual, consagrando en su historia un período brillante de civilización y de engrandecimiento. Si Solón preparó esa época, Pericles la convirtió en un hecho. Atenas durante su gobierno llegó á una altura que hoy mismo admiramos, porque necesariamente debe sorprendernos la precocidad de aquel pueblo inolvidable. ¡Con razón fué llamado por los antiguos el bienhechor del género humano!

Pericles trató siempre de formar un pueblo que sobresaliera de sus contemporáneos; ese egoísmo patriótico lo llevó á emprender obras de utilidad tan grande que lo inmortalizaron. Nunca lo guió el interés. Tucídides, su enemigo irreconciliable, nos lo demuestra así, al decir que el fundamento de su influencia no era solo su palabra sino la opinión y confianza que inspiraba á su pueblo «ese hombre admirable que claramente se veía ser incorruptible y muy superior á los atractivos del oro, pues con haber hecho á la ciudad de grande, más grande todavía y más rica, y con haber tenido un poder que excedía al de muchos reyes y tiranos que tuvieron mucho que dejar por testamento á sus hijos, no aumentó ni en un talento la hacienda que le dejó su padre».

Las obras artísticas de Fidias, de Leuxis y Parrasio; las profundas doctrinas filosóficas de Sócrates y Anaxágoras; los trabajos pacientes de Lisias y Herodoto; los estudios astronómicos de Metón,—todo es una prueba del adelanto que alcanzó Atenas en el período brillante de la domi-

nación de Pericles.—No hay otro ejemplo en la historia que nos demuestre más claramente el poder de una voluntad férrea empeñada en el engrandecimiento de un pueblo que, como el ateniense, llegó á inscribir en sus fastos la epopeya más hermosa de las más grandes conquistas de la civilización.

Pericles congregaba en la ciudad de Minerva á los hombres ilustres de la nación helénica con el fin de unir los elementos valiosos y fomentar la discusión científica en beneficio de sus conciudadanos. «Todos, como dice Duruy, querían asistir á aquellas fiestas en donde se asociaban los más elevados placeres del entendimiento con los más imponentes espectáculos de la pompa religiosa, del arte más consumado y de la naturaleza más bella y seductora. Con efecto, no eran aquellos regocijos como los de la plebe de Roma, que consistían en los sangrientos juegos del anfiteatro, cuadros de muerte, sangre y cadáveres, sino himnos piadosos, cánticos patrióticos, representaciones teatrales donde figuraban los incidentes de la historia de los dioses ó de la vida de los antiguos héroes».

La obra de Pericles en cuarenta años que, puede decirse, rigió los destinos de Atenas, es grande y meritoria. Pruebas tangibles de su espíritu progresista ha dejado á la posteridad que lo admira. «Fomentar la población, la agricultura y el comercio, dice un filósofo moderno, es propio de un gobierno que quiere asegurar la felicidad pública.» El gran político ateniense convirtió en factores del engrandecimiento de su pueblo esas fuentes inagotables de riqueza, estendiendo sus fronteras con numerosas colonias industriales.

Algunos historiadores, por la misma razón que propendía siempre al adelanto de Atenas, haciendo erigir grandes monumentos y suntuosos templos, le critican porque *derrochaba* injustificadamente los dineros de los aliados griegos. Pero no encuentro la fuerza de un argumento en esta culpabi-

lidad incomprensible. Desde que la ciudad proveía abundantemente de todo lo necesario para la guerra, y siempre Pericles reservó dinero suficiente para cualquier eventualidad, mantenía llenos sus arsenales y dispuestas numerosas naves para combatir,—era bien justo que su opulencia se emplease en grandes obras, que adquirieran para él y para su patria perdurables honores. Por otra parte, «la historia, según dice Laurent, sin olvidar los sufrimientos de las generaciones pasadas, aprecia también los beneficios que de ello han resultado para el género humano. Sin su hegemonía Atenas no hubiera visto elevarse esas grandes construcciones que, como ha dicho Plutarco, parecían ya antiguas apenas acabadas y que brillan siempre con una eterna flor de juventud».

A Pericles le tocó actuar, como epílogo de su vida política, en la terrible y funesta guerra del Peloponeso que acabó con la rendición de Atenas. Muchos culpan á Pericles de los desastres que sufrió su patria en la caída que le impuso esa guerra, y le censuran por su falta de perspicacia. En primer lugar, decir que Pericles provocó la guerra ó cuando menos la precipitó, sentando la hipótesis de que así lo hubiera hecho, no nos puede convencer de la inhabilidad política de un hombre que, como él, durante cuarenta años mantuvo en sus manos con talento ejemplar los resortes de todo el mecanismo del Gobierno de una nación poderosa. Habría sido un error, quizás, pero por un error no se juzgan á las personalidades. ¿Acaso no tuvieron sus faltas Alejandro, Napoleón, Washington, con ser el dechado de todas las virtudes? No hay ejemplo, en la historia, de un hombre que pueda presentar inmaculado el libro de su vida.

Por otra parte, yo niego que Pericles provocara la guerra del Peloponeso. A Pericles no se le puede responsabilizar de las desgracias de Atenas. Analizaré los hechos para mayor aclaración. (Continuad.)

TRADUCCIONES DEL LATIN

PRIMER AÑO

HISTORIA SAGRADA

(Ordenado y traducido expresamente para los estudiantes de latín.)

(Continuación)

XIX

Compra Putifar á José—Acúsale la mujer de Putifar y le ponen preso.

Construcción—Putiphar Ægyptius emit Josephum a mercatoribus. Aulem, Deus favit Putiphari causa Josephi: omnia succedebant ei prospere. Ob quam rem Josephus habitus est benigne ab hero, qui præfecit eum domi suæ. Ergo Josephus administrabat rem familiarem Putipharis: omnia fiebant ad nutura ejus, nec Putiphar gerebat curam negotii illius.

Josephus erat facie insigni et pulchra. Uxor Putipharis pelliciebat eum ad flagitium. Josephus, autem nolebat assentire mulieri improbæ. Quadam die, mulier apprehendit oram palii ejus; at Josephus reliquit pallium in manibus ejus, et fugit. Mulier irata in clamavit servos et accusavit Josephum apud virum, qui, nimium credulus, conjecit Josephum in carcere.

Traducción.—Putifar Egipcio, compró á José á los mercaderes. Más Dios favoreció á Putifar á causa de José: todas las cosas le iban perfectamente. Por cuya causa, José fué tratado benignamente por el amo, él que le dió la dirección de su casa. Por lo que José administraba la hacienda de Putifar: todas las cosas se hacían á una señal de éste, ni Putifar tomaba el cuidado de los negocios de aquel.

José era de cara hermosa y agraciada. La esposa de Putifar inducía á éste al delito. José, empero, no quería consentir á la mujer deshonesto. Cierta día, la mujer asió el extremo del palió de éste y José dejó el palió en las manos de ésta y huyó. La mujer enojada, llamó á los siervos y acusó

á José ante el marido, quién demasiado crédulo encerró á José en la cárcel.

XX

Lo que le sucedió á José en la cárcel—Explica felizmente los ensueños de dos empleados del rey, que estaban en la misma prisión.—Cumplimiento de sus vaticinios.

Construcción.—Duo ministri regis Pharaonis erant in eodem carcere: alter præerat pincernis, alter pistoribus. Utrique obvenit somnium divinitus, eadem nocte. Ad quos quum Josephus venisset mane, et animadvertisset eos tristiores solito, interrogavit quænam esse causa mœstitiæ.—Qui responderunt: «Obvenit nobis, somnium, nec quisquam est, quid interprete- tur illud nobis». — Josephus inquit: «An res futuras non solius est prænoscere Dei? Narra te somnia vestra mihi.

Tum prior exposuit sic somnium suum Josepho: «Vidi, in quiete, vitem, in qua erant tres palmites; ea protulit paulatim gemmas: deinde eruperunt flores, ac denique uvæ maturescebant. Ego exprimebant uvas in scyphum Pharaonis, et porrigebat eis». — Josephus inquit: «Esto bono animo. Post tres dies, Pharaon restituet te in gradum pristinum. Rogo te, ut memineris mei».

Alter narravit quoque somnium suum, Josepho: «Gestebam in capite, tria canistra, in quibus erant cibi, quos pistoribus solent conficere. Ecce, autem, aves circumvolitabant et comedebant illos cibos». — Cui Josephus: «Hæc est interpretatio istius somnis. Tria canistra sunt tres dies, quibus elapsis, Pharaon feriet te securi, et affiget ad palum, ubi aves pascentur carne tua».

Die tertio, qui dies erat natalis Pharaonis, splendidum convivium, parandum fuit. Tum rex meminit ministrorum suorum, qui erant in carcere. Restituit munus suum præfecto pincernarum; vero alterum, percussum securi, suspendit ad palum. Res

comprobavit, ita, somnium. Tamen præfectus pincernarum oblitus est Josephi, nec recordatus est meriti illius in se.

Traducción.—Dos ministros del rey Faraón, estaban en la misma cárcel: el uno presidía á los coperos, el otro á los panaderos. Ambos tuvieron un sueño divino, la misma noche. Hacia los que, como José hubiese venido temprano y los hubiese observado mas tristes que de costumbre, interrogó cual fuera la causa de su tristeza.—Los que respondieron: «Nos vino un sueño, ni alguien hay, que interprete aquel á nosotros».—José dijo: ¿Acaso las cosas futuras no suelen ser conocidas por Dios? Contad vuestro sueño á mi.

Entonces el primero expuso así, su sueño: «Vi, en sueños, una vid en la cual había tres ramos, ésta produjo paulatinamente retoños, despues crecieron flores, y finalmente, las uvas maduraban. Yo exprimía las uvas en el vaso del Faraón y lo estendía á éste.»—José dijo: «Está de buen ánimo. Despues de tres días el Faraón te restituirá en el puesto primero. Te ruego, que te acuerdes de mí».

El otro narró también, el sueño suyo á José: «Llevaba en la cabeza, tres canastos en los cuales había las comidas, las cuales los panaderos suelen preparar. He ahí, empero, las aves volaban alrededor, y comían aquellas comidas.»—A lo que José: «Esta interpretación es de este sueño. Tres canastos son tres días, los cuales pasados, el Faraón te herirá la cabeza, y condenará al palo, donde las aves comerán tu carne».

El día tercero, cuyo día era el natalicio del Faraón, un espléndido convite fué preparado. Entonces el rey se acordó de sus ministros, que estaban en la cárcel. Restituyó en su empleo al jefe de los coperos; el otro, empero, herida la cabeza, se le suspendió al palo. El hecho comprobó así, el sueño. Sin embargo, el jefe de los coperos, se olvidó de José y no se acordó de los méritos de aquel para él. (Cont.)

SEGUNDO AÑO

ANÉCDOTAS

(CONTINUACIÓN)

Luego que Androclo dijo ésto, todos pidiendo, fué absuelto de la pena y librado: también el león, fué regalado á él por los gritos del pueblo. Después Androclo y el león, sugeto por una débil correa, iban por todas las tabernas en toda la ciudad. Androclo era regalado con dinero; el león esparcido con flores, casi todos, los que se encontraban decían: «Este es el león huested del hombre, éste es el hombre médico del león».

(Continuará)



ECOS UNIVERSITARIOS

Nombramiento acertado — La contracción al estudio y el talento señalado de algunos de nuestros jóvenes bachilleres, acaban de ser reconocidos por el Consejo Universitario al efectuar los recientes nombramientos de sustitutos de las aulas de Física, Filosofía, Cosmografía é Historia Americana, recaídos en los señores Barbaroux, Varela, Perez y Pratt, respectivamente.

Las cualidades excepcionales que adornan á estos jóvenes, son demasiado conocidas por los estudiantes, para que no sea supérfluo hacer la apología de cada uno de ellos; pero como los triunfos obtenidos dentro del recinto de la Universidad, trascienden con dificultad sus umbrales, es que creemos conveniente hacer resaltar los méritos de esos jóvenes que, con tanto brillo, han recorrido ya la mitad del camino que ha de conducirlos al objeto de sus anhelos.

Emilio Barbaroux, joven bachiller de preclara inteligencia, ha dejado recuerdos imperecederos en su paso por las aulas donde conquistó siempre envidiables triunfos.

Jacobo Varela, inteligente de raza, poseedor de un vasto y claro talento, acaba de ver retribuidos sus esfuerzos de una manera digna de su contracción al estudio de la ciencia que inmortalizó los nombres de Leibnitz, de Kant y de Comte, y en la cual ha obtenido ya positivos triunfos.

Manuel Perez reúne cualidades que se han hecho casi antagónicas hoy en día: excesiva modestia á través de la cual resplandece su talento poco común. Ha sobresalido siempre entre los inteligentes de nuestra Universidad, y ha conseguido llegar al punto en que se halla, merced á sus esfuerzos propios, razón por la cual posee doble mérito.

Carlos Pratt, vigoroso desde todo punto de vista, tanto en lo intelectual como en lo físico. Parece ser la encarnación viviente de la leyenda clásica qua decía: *Mens sana in corpore sano*. Es otro de los jóvenes que honran con su saber y talento á la nueva generación, y formaba parte de aquel grupo selecto de estudiantes que tan gratos recuerdos han dejado en su paso por la Sección Preparatorios.

Terminaremos estas líneas, enviando nuestra más ardiente felicitación á los jóvenes mencionados, y nuestro aplauso al Consejo por el acierto con que ha procedido al efectuar esos nombramientos.

Cuadro de Geología — El próximo número irá acompañado de un cuadro sobre la división y clasificación de las rocas, del cual es autor el apreciado catedrático de mineralogía don Enrique Gil.

Por exceso de material — Por esta causa no aparecen en el presente número la continuación de las conferencias comenzadas á publicar en números anteriores.

Por igual motivo nos hemos visto obligados á postergar la publicación de una cantidad de trabajos que se nos han remitido.

Esperamos que sus autores nos dispensarán.